



Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO III

BARCELONA, 16 DE ENERO DE 1899

Núm. 34

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Miguel Alderete.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Eduardo Benot.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—P. Gascón de Gotor.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Teodoro Llorente.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Francisco Pi y Margall.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Salvador Rueda.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—Joaquín Sánchez Toca.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson, y otros.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Alvarez Dumont (Eugenio y César).—T. Andreu.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—P. M. Bertrán.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—José Camins.—Ramón Casas.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Enrique Estevan.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—A. Gascón de Gotor.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masiera.—Nicolás Mejía.—Méndez Branga.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Morelli.—Moreno Carbonero.—Tomás Muñoz Lucena.—Miguel Navarrete.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—G. Pujol.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Fernández Sánchez Covisa.—Sans Castaño.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—María de la Visitación Ubach.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Salvador Viniegra.—Joaquín Xaudaró.—Fernando Xumetra, y otros.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Federico Alfonso.—P. Astort.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Alberto Cotó.—Federico Chueca.—V. Costa Nogueras.—Manuel Fernández Caballero.—Buenaventura Frígola.—S. García Robles.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Roberto Goberna.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Cándido Orense.—Felipe Pedrell.—José Ribera.—José Rodríguez y Fernández.—Celestino Sadurní.—Francisco de P. Sánchez Cavagnac.—Joaquín Valverde.—Joaquín M. Vehils.—Amadeo Vives, y otros.

¡OH, LA CONSIGNA!, por FRADERA.



1798. — ¡Si fuese tan amable, señor sargento, de decir al centinela que por hoy no deje sentar nadie en aquel banco!... Ya ha visto vuesa merced que acabo de pintarlo.



— Vigila que no se sienten en el banco aquel.



Nadie se cuidó de retirar la consigna; así es que en 1828, se prohibía que se sentara la gente en dicho banco.

Espacio disponible para anuncio.

ANDREA AVELINA CARRERA

EN la noche del 21 de Noviembre de 1889 representóse en nuestro Gran Teatro la famosa ópera *Lohengrin*, para *debut* de una nueva cantante, de una cantante barcelonesa, la misma cuyo nombre encabeza estas líneas; quien bajo los auspicios de su maestro, el eminente Goula, decidíase por fin á arrostrar el temido fallo del público filarmónico.

Como era natural, tratándose de una compatriota, reflejábanse en la selecta y numerosa concurrencia grande ansiedad que trocóse pronto en indecible satisfacción.

Presentóse en escena Avelina, que á la sazón contaba dieciocho años, siendo saludada su aparición con espontáneos y ruidosos aplausos. La mujer había sido juzgada; tenía en su abono una valiosísima cualidad: la hermosura. Llenó su voz los ámbitos de la sala, y la manifestación de agrado convirtiéndose en calurosa y entusiasta ovación. El pueblo barcelonés, músico por excelencia, concedía desde luego á la *debutante* un diploma de verdadera artista.

Así, en el Gran Liceo, tan codiciado y temido por los cantantes, recibió su bautismo artístico la diva catalana: como en la pila bautismal el agua bendita cae sobre la cabeza del nuevo cristiano, sobre la frente de Avelina cayeron aquella noche las lágrimas de sus padres.

Su primer triunfo fué, pues, para Barcelona, su país natal. No podía ser otra cosa: los pájaros cantan por primera vez en el nido donde nacen. Consagrada desde aquel momento á la vida del arte, recorrió con igual fortuna los principales escenarios de España y del extranjero: Valencia, Sevilla, Madrid, Lisboa, Nápoles, Milán, Palermo, Trieste y Moscou, han hecho justicia en distintas y repetidas temporadas á su sobresaliente mérito.

En todas partes el público la ha colmado de palmas y laureles; pero, con ser tan halagadores y legítimos, no han conseguido desvirtuar su natural modestia: en ninguna de las flores que han servido de alfombra á sus pies ha aspirado el aroma mal sano de la vanidad, y conserva la frescura de su corazón, como el timbre de su voz y la serena mirada de sus ojos.

Cuando canta, enamora y cautiva; su voz armoniosa y pura no tiene rozamiento alguno, emitiéndola con deliciosa facilidad; las frases de amor salen de sus labios con los matices justos de la pasión; y posee, para expresar las diversas luchas del alma, el dramático acento que conmueve y arrebató.

Por todas estas condiciones, que rara vez se encuentran reunidas, Avelina Carrera está llamada á un gran porvenir; figura en el reducido número de los seres privilegiados que Dios envía al mundo, de tiempo en tiempo, para honra y gloria del suelo en que han nacido.

Cabe en lo posible que, no conociéndola, se tache de exagerado este juicio, achacándose á provinciano apasionamiento buena parte de nuestro



Fot. Espinosa.

entusiasmo. Conste, por si así sucediera, que las laudatorias apreciaciones y encomiásticas frases aquí estampadas, no son nuestras, aunque las prolijamos, sino tomadas de la importante revista madrileña *Pro Patria*; la cual reflejó, en un hermoso artículo, dedicado á nuestra encantadora amiga y paisana, el alto aprecio en que, como mujer y como artista, la tienen en la Corte.

No menos la distingue y admira el ALBUM SALÓN, constante apologeta del mérito; consagrándola, para testimoniarlo, una página de preferencia.

LOS HUMILDES

... « Y cuánta gente envejece,
Que no sirve para nada! »

¿Qué sabe el mal poeta de los que sirven y de los que huelgan en la inmensa comunidad humana! Gotas de agua reunidas forman los océanos; átomos superpuestos los continentes que de las masas líquidas emergen; á costa del esfuerzo anónimo de mil desdichados, se labran las reputaciones y se amasan las fortunas de los elegidos; por el continuo trabajo, y por las virtudes ignoradas de cien generaciones, se afirman las razas, y cantan los poetas, y legislan los políticos, y al bosque y al mar roban ritmo y número los músicos; por el esfuerzo de los oscuros soldados, se ganan las batallas y ostentan los jefes entorchados de oro; las máquinas se mueven, brilla la luz eléctrica por las noches, los campos producen el dorado grano, gracias al esfuerzo de los humildes, de los que envejecen sin provecho para nadie, como cree el rimador. Desde la llanura crecen los montes, de lo infinitamente pequeño surge lo grandioso, de la materia inerte en apariencia esa fuerza complicada y sutil, maravillosa y fuerte que late en el corazón, piensa en el cerebro, vive en los nervios y se perpetua en el éxtasis.



CONATO DE PESCA
APUNTE DEL NATURAL; por DIONISIO BAIXERAS.

— ¿Qué cepas son esas que con tanto afán cultivas, viñador?
— Las que producen el obscuro mosto, el fuerte y áspero vino que escaldla la garganta del obrero, y le da fuerza y vigor para soportar el trabajo continuo, inacabable, que es su lote en la tierra. Cuando pienso que sus oscuras rojizas olas prestan fortaleza al débil, salud al enfermo, alegría al afligido y fuerza de ánimo al apocado, clavo mi azada con más ardor. Años atrás, cultivé los dorados racimos que dan el vino espumoso, claro como el cristal, que refresca y perfuma los labios. Pero, cuando supe que ese vino sirve como objeto de lujo, cuando me dijeron que los hombres se embrutece absorbiendo su espuma, arranqué las cepas escogidas, y planté las que ahora cuido.

— ¡Cultiva las cepas humildes, viñador, y sea fecundo tu trabajo!

— ¿Por qué arrancas las flores que encantan la mirada, labrador, y dejas únicamente en pie esos tallos de hierba, terminados en verde espiga, áspera al tacto y nada hermosa?

— Las flores que te agradan dan la muerte, si á solas con ellas te encierras; pueden servir de adorno, pero no rinden provecho. En cambio,

esas espigas encierran el alimento de mi hermano. Cuando el calor las dora y el viento las separa de su tallo, saltan los granos sabrosos que el ingenio humano convierte en harina, con la que se amasa el pan que acalla el hambre del cuerpo, y el pan ázimo que han menester para su alma los creyentes. Cada partícula del polvo en que esas espigas se convierten, se convierte en músculos, en sangre, en pensamiento, al pasar por el misterioso y potente laboratorio que encierra cada cuerpo humano.

— ¡Arranca las flores labrador, y ojalá crezcan lozanas las espigas!

— ¿Para qué sirves viejo lobo de mar, que te empeñas en vivir, cuando tus manos no pueden sostener un remo, ni tu cansada vista advertir el peligro á tus compañeros?

— Yo soy el recuerdo y soy la tradición. Explico á mis hijos y á los hijos de mis hijos los riesgos que he corrido, los apurados trances en que me he encontrado en el seno del mar eterno é inquieto, y ellos aprenden en mis palabras, y así pueden apercibirse á la defensa, cuando la tempestad amenaza.

— ¡Dilatada sea tu vida, viejo marino!

— ¿Y para qué sirves tú, momia ambulante, corroída por la lepra, fatigada por todas las luchas, desengañada por todas las ilusiones? De pie, años y años, junto al atrio de una iglesia, pareces contemporánea de las piedras comidas por la polilla que nada perdona; pareces la cariátide lastimosa de la miseria humana sustentando sobre su encorvada espalda el templo que al cabo se ha de derrumbar. ¿Tienes alguna utilidad en este mundo?

— Yo soy la imagen del castigo. Mi vida, para quién sabe leer en las arrugas de mi rostro, sirve de escarmiento. Yo explico cómo un hombre colmado de los dones todos de la naturaleza y de la fortuna puede convertirse en una caricatura horrible de sí mismo; cómo puede perder inteligencia, fuerza, varonil belleza; cómo puede pervertirse poco á poco su corazón, si la fiebre de las pasiones sopla su aura destructora sobre él, inculcándole el virus de todos los vicios, el veneno de todas las degradaciones. Viví para gozar á mi antojo, y ahora muero padeciendo.

— ¡La paz sea contigo, pobre desdichado; ya sé ahora para qué sirves!

— ¿Por qué trabajas esos toscos instrumentos forjados, cuando tus manos hábiles pueden modelar las pulidas armas, las afiligranadas rejas?

— Hubo un tiempo en que empleaba mis habilidades en lo que dices; pero cuando supe que con esas armas el hermano desgarraba el pecho de su hermano; que con ellas se apoderaba de la hacienda del humilde, y destruía la felicidad del dichoso; cuando me convencí de que la reja más tenue en apariencia, sirve para quitar la libertad á un ser cualquiera,... entonces me avergoncé de mí mismo, y empecé á forjar esas otras armas de trabajo, con las cuales, si se desgarran las entrañas de la tierra, es para depositar en ella la simiente que, convertida en espiga, alimenta á los hombres.

— ¡Forja tus toscas armas, forjador, y sean su filo y su punta útiles á mis hermanos!

— ¿Cómo no aborreces tu labor eterna, troglodita? ¿Cómo puedes vivir en el fondo de esa mina tenebrosa, arrancando pedruscos, sufriendo la acción de los gases deletéreos que de ellos se desprenden, en tanto que sobre esa negra viscosa bóveda brilla el sol esplendoroso, que difunde luz y vida por el espacio desmedido, por la fecunda tierra?

— Es que en el seno de estas tinieblas, donde cumplo mi solitario trabajo, he aprendido á conocer la inanidad de todas las grandezas de esta vida. Con mis herrados zapatos, huella á veces cráneos de hombres que quizá fueron fuertes y poderosos; con la punta de mi pico destrozo troncos seculares, convertidos ahora en hulla inerte. Y á mí mismo me digo, que viviendo de uno ú otro modo, siempre la vida es vida y que tarde ó temprano la muerte es muerte. ¿Qué más da hallarla en el fondo de un pozo, que bajo el pabellón de una cama dorada?

Salí á la luz. Y en tanto que contemplaba cómo el sol incendiaba cielo y tierra con sus resplandores de gloria, comprendí que no hay humildad ni grandeza, que no existen abismos de pobreza, ni alturas de fortuna; y que todos los hombres, así los fuertes como los débiles, no somos sino simples máquinas de transformar materia, sujetos á la eterna ley, que dispone que cada uno de nosotros debe crecer, reproducirse y morir. Y entonces admiré á los humildes, y supe por qué viven y esperan.

A. RIERA

MODERNISTAS AMERICANOS

MIGUEL E. PARDO

A l día siguiente de conocer al escritor, conocí su libro, *Viajeros*, y me empeñé en sostener en el círculo de mis amigos que aquel muchacho tenía mucho talento.

Muy pocos fueron de mi parecer; para la mayoría, ha necesitado ir Miguel E. Pardo primero á Madrid y después á París, y allí descubrirle, para que sus dotes de artista hayan sido reconocidos.

Ni es este el primer caso... ni será el último, probablemente.

El escritor caraqueño llegaba á Barcelona desterrado, y la casualidad, ella únicamente, se encargó de hacerle nuestro amigo, el amigo de media docena de jóvenes que, de los puntos cardinales de España, también la casualidad había reunido en el rincón de un café, de donde más tarde dispersados, cada cual ha procurado cumplir su destino en el mundo, excepto, para que nada faltase, alguno que otro *déplacé* que aun ignora cual es el suyo.

Escribo del literato venezolano sin apasionamiento.

En un tiempo, nuestra amistad fué muy íntima;... después, después... he continuado creyendo que vale mucho como artista.

Su prosa nerviosa, de un asombroso colorido, tiene el don de animar la frase, que resulta viva, con su fisonomía especial, ese don que todos pretenden y sólo los escogidos alcanzan.

Una tarde, obscurecido ya, leíame á la luz de un farol, en la calle de Preciados, una de las crónicas madrileñas que enviaba á Caracas. Hablaba de Luisa Campos, describía su baile en *Via libre*, y la instantánea no podía ser más precisa. Las frases se amontonaban, con una cadencia de danza, y la figura de la artista surgía con todos sus encantos, con toda su gracia, llena de voluptuosidades, y se la veía tal como se la aclamaba; tal cual era.

Como esta crónica, cien otras habíanme impuesto de las grandes dotes de observador fidelísimo y descriptor fácil que en Miguel E. Pardo concurrían. Vivíamos en la misma casa, le veía trabajar, y dicho sea en su honor, trabajar sin tregua ni descanso, para dar abasto yo no sé á cuántos periódicos de Caracas, Valencia y Berquisianeto; quedándole aún tiempo y paciencia para esmerarse y cuidar algunas docenas de cuartillas que habían de insertarse en «El cojo ilustrado», de la capital primeramente citada, «El Fígaro», de la Habana ó «El Imparcial», de Madrid.

No sé quién ha dicho que Pardo tiene mucho de Bonafoux, cuando escribe. Mero accidente, cuestión de forma á veces; en el fondo son dos, muy diferentes. El personalismo de Bonafoux es suyo y de nadie más; lo ha comprado á trueque de muchas lágrimas y mucha hiel.

Pardo puede haber sentido la influencia del notable cronista puertorriqueño; pero no es Pardo, Pardo, cuando es Bonafoux, ni ese Pardo merecería que de él se hablase.

Los escritores que valen más que su obra, son legión; pero no forma parte de ella el poeta caraqueño. De muchos, cabe decirse que piensan más de lo que pue-

den escribir; de Miguel E. Pardo debe asegurarse lo contrario, aunque parezca paradójico: escribe más de lo que piensa.

Para él no hay dificultad en trasladar al papel, y siempre en forma sugestiva, el más trivial de los sucesos, como el más trascendental de los acontecimientos; todo es útil como primera materia, y todo queda convertido en obra artística de buena ley.

Muy de tarde en tarde, en estos últimos cuatro años, han llegado á mis manos escritos de Miguel E. Pardo. Alguna que otra crónica en *El cojo ilustrado* ó en *El Fígaro*, y su último libro, *Al Trote*, que puedo hojear en estos momentos, bastando su breve lectura para convencerme de que este tomo viene á corroborar mis afirmaciones. Las cualidades que en otros tiempos le distinguían, sin acentuarse, se han afirmado, y el escritor más dueño de sí mismo, con una cultura muchísimo mayor, expresa lo que siente, describe lo que observa, emite sus ideas libre y noblemente, y ahonda, ahonda en el misterio del vivir, soldado de esa falange de infatigables que pretenden hallar en el corazón humano el pliegue en que se esconde la causa de los mil anhelos, las ansias terribles, los tormentos crueles que afligen y perturban al hombre moderno.

Pardo, como Carrillo, como Reyles, busca en un arte exquisito, un arte todo sentido, el instrumento de difusión de su labor humanitaria y santa, y por eso, en su pluma, la lengua castellana adquiere la sugestión de la propia belleza; identificándose onomatopéicamente la frase con la idea.

Por fortuna, se apartan de nosotros aquellos días en que César Frank era considerado como un insensato, porque su música tenía acentos de ira y de piedad, de agitación y de calma, y rompía con lo previsto y prescrito, para pintar en su obra las tempestades encontradas del alma humana.

Por fortuna, esos tiempos han pasado, y el artista, libre de trabas, sólo aspira á la sincera expresión de sus ideas y sentimientos; que por algo ha definido el coloso de nuestro siglo, Emilio Zola á la obra de arte «la naturaleza á través de un temperamento» y quizás pudiera añadirse «y de un estado de ánimo».

Pensando así y sintiendo modernamente, Miguel E. Pardo, ha conseguido su nombre, que si en Venezuela es popular y respetable, es en el resto de hispano-américa apreciadísimo, con justicia, pues en él se ha verificado el raro consorcio del talento y la laboriosidad; y si en braba lucha por la vida, Darwin adjudicó el triunfo al fuerte, .. el fuerte, entre los intelectuales, es siempre el hombre de más voluntad.

Joven aún, su obra empieza; y vencedor ya, el resto del camino de la vida ha de serle fácil al que ha sabido echar á un lado, en los primeros años, los obstáculos de todos los principios.

A la postre, es un consuelo para los desgraciados, poder decir, al recordar á un amigo:

«Uno que puede ser feliz.»

TOMÁS ORTOS - RAMOS



¿QUÉ LE DIRÉ? — COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE B. GILI ROIG.



UN GOLFO

UN ABRAZO

Cuando te abrazo, asáltame la idea
de ser yedra que oprime á una escultura;
más, ola azul ciñendo la hermosura
de la triunfante Vénus Citera.

Más, ser círculo de oro que rodea
de un soberbio brillante la luz pura;
más, ser trozo de sombra en que fulgura
la luna que las noches nacarea.

Más, ser del sol engarce peregrino;
más, ser paño de cáliz argentino;
más, ser sagrario de tu busto terso.

Más, ser de un alma el amoroso lazo;
y más, ser Dios cogiendo en un abrazo
la redondez sin fin del Universo.

SALVADOR RUEDA

CANTARES

No pienses, esaboría,
que te vas á divertir
de este querer tan entero
que guardaba para ti.

He sufrido muchas penas,
pero la pena más grande
es llorar en un desierto
sin que me consuele nadie.

El canario te cantaba
y ni siquiera le oías;
¡hoy te empeñas en buscarlo...
y está la jaula vacía!

Enseñando muchas ciencias
hallé sabios en el mundo;
¡de la ciencia del querer
no encontré sabio ninguno!

La gratitud plantó un árbol,
todos al pasar lo vieron;
¡como nadie lo cuidaba,
en seguida quedó seco!

Mi madre se está muriendo
y no quieren que la vea:
¡como si la pena mía
pudiera ser mayor pena!

Prendió la guardia civil
á ese pobre por *ladrón*;
¡quitó un pan para sus hijos,
y llorando lo quitó!

Al ver rosa tan lozana,
ni á tocarla me atreví,
y luego fué del primero
que pasó por el jardín.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

LABOR ETERNA

La Naturaleza — visión de ojos dulces —
toma á su cuidado los recién nacidos,
y hasta el lecho llega de las pobres madres,
y sabios consejos murmura á su oído.

« No me lo abandones, mujer, porque he puesto
grandes esperanzas sobre el tierno niño:
quiero que tus ojos le sirvan de cielo
donde brillen todos los anhelos míos;
quiero que en tu seno recoja la savia
que estoy produciendo para él hace siglos;
quiero que lo cuides como yo á las aves,
á las mariposas y á las flores cuido.
Dile que la tierra por él es fecunda,
que por él se mueven cantando los ríos;
que le aguardo, ansiosa de hablarle de amores,
bajo el silencioso dosel de los pinos.
No me lo abandones, no me lo descuides,
que sobre él derramo mi inmenso cariño. »

La madre la escucha, la escucha sonriendo,
como los que escuchan un relato antiguo:
si la visión dulce se aleja, ella sigue
dándose, en voz baja, los consejos mismos,...
¡porque hace ya tiempo, porque desde niña
en el alma siente vibrar aquel himno!

E. MARQUINA

ENRIQUE SERRA



ESCLAVITUD DORADA

(Salón Robira, Fernando VII, 59).

LAS FIESTAS DE MI PUEBLO

(COSTUMBRES ARAGONESAS)

I

A 19 kilómetros de la capital de Aragón, divísase alegre pueblecito, que, por su blancura, parece ser un nido de palomas.

Como rasgando las nubes, se ve la esfumada silueta de un campanario, y, salvando las enriscadas prominencias del camino, se distingue maciza mole cuadrangular, salpicada de ladrillos esmaltados, motivo decorativo de la Iglesia, recuerdo preciado de aquella época en que el barbarismo de los árabes, sujeto, por conquista de nuestros monarcas católicos, á la doctrina sublime del cristianismo, legó al arte esos grandiosos monumentos arqueológicos que sólo España puede gloriarse de poseer, conocidos con el nombre de mudejares.

No lamen los muros del templo las rizadas aguas del mar; pero serpentea á sus pies pobre riachuelo que, alimentando extensa vega, labra la riqueza de los lugareños.

A pocos metros antes de llegar á la Iglesia, se alza labrada cruz oji-val, que indica la existencia de un pueblo que siente y ama la religión del Crucificado, porque virtuoso Párroco la enseñó é hizo que fructificara en el corazón de sus queridos feligreses; practicando con desinterés, que á veces llegó al heroísmo, las hermosas obras de misericordia.

II

El alcalde del pueblo, en la época en que lo visité, llamábase *Pachín*: era alto y fornido, de rostro moreno, como quemado por el sol en las labores agrícolas, y que rara vez lavaba, al igual que las callosas manos, porque se hacen *crebasas*, según dicen los baturros. Vestía calzón corto de pana, que mostraba blanquísimo calzoncillo; chaleco de ídem, que siempre llevaba abierto, y sobre él ancha faja, que hacía resaltar la camisa de hilo crudo, planchada con agua — á excepción de los días festivos, en que la llevaba bien almidonada; — recortando la cabeza, lucía multicolor pañuelo de seda, sujeto á la parte derecha, por un nudo. La alpargata, abierta, de cáñamo, con cintas de algodón negro, que aprisionaban los pies, cubiertos con cáldas medias, era el calzado de nuestro alcalde, quién gozaba de gran fama, por noblote y hombre recto; cualidades que le valieron la vara de mando que manejaba con singular gracia.

La mujer de *Pachín* era la *Chata*: cara frescota, cuerpo airoso, cubierto con el jubón, sobre el que se destacaba abigarrado *pañolico* de cuatro puntas, ceñido al talle y dejando al descubierto sus bien contorneados brazos; falda de variados colores, y delantal negro, cortitos, lo bastante para que por debajo asomaran sus ligeros pies, aprisionados en zapatos de cordobán, tan ligeros, que no *había mozo de aguante* á quien no rindiera bailando la jota.

III

Es el día del santo Patrón.

De los pueblos circunvecinos vienen carros adornados con follaje, atestados de gente granada, luciendo sus mejores trajes.

Con tal motivo, *Pachín* da un bando, — que se encarga de hacer público el pregonero, previo un redoble de tambor, — á fin de evitar *ribulicios* y *zaragatas*, cuya parte dispositiva dice así: «D'orden del señor Arcarde s'avis: Que cualquiera mozo ú moza, chico ú grande que intente alterar el orden, será castigado por vez primera con todo el rigor de su vara. Asimismo, el que injurie demasiado al *ángel* en la danze, ó tire ciertas aguas, que por su mala olor no dice cuales sean, al *demonio*, ó saque á relucir á su *Chata* en los dichos. No se permitirán disparos con balas y si con güetes, paque no ocurra lo que hace dos años, que por poco descabezaron al Santo, y dimpués tuvimos malas cosechas, por lo que hubo que arreglarle la herida. Lo que s'ace saber pa los efleutos q'aiga.»

IV

Los pardales (chicos) de la *Pantagorda*, la *Pinchaiga* de *Quiquiriquí* y *Culebrica* voltean las campanas de la torre, anunciando que va á salir la procesión; que es lo mismo que decir á mozas y ancianas que saquen del fondo de las *arcas* sus *trapos de cristianar*, y cubran sus cabezas con la clásica mantilla redonda, de paño, con bandas de terciopelo, forrada de seda.

El señor cura, ayudado del sacristán, que con la misma habilidad que *hace la barba* masculla el latín, da las órdenes oportunas para que todo vaya en orden.

— ¡Chiquiú! — grita *Culebrica* á *Quiquiriquí*; — que m'has *amolau* con el Santo: ¡rediez! y como pesa.

— Oye, tú, *Chiquitín*, — dice el *Tuerto*: — *mía* tú que va la *piana* bien *arregladica*.

— ¡Coña! ¿y aquellos cintajos tan majos? Son del *chico* de la tía *Pinchaiga*, de cuando *golvió* de la *melicia*, — replica *Fencejo*.

— ¡Paño! — añade *Polvorilla*, — *pus* no va poco *repulida* la *Zaragatera*, pa llevar á la Virgen. Si *patce* un sol...

— Hoy sí que lucirá *Pancracio* sus paños, llevando la bandera; ¡y que no pesa la *endina*! — murmura una anciana que quiere para su sobrina al mozo, por ser bueno, trabajador, el mejor tirador de barra del pueblo y sus contornos, y por... tener seis pares de mulas y unos *campicos*... que son una bendición de Dios.

— ¡*Ahitau*! — exclama *Pachín*, dirigiéndose al aguacil, — que m'has *ponido* torcidas las roscas al Santo.

— ¿Estáis ya? — pregunta el angelical Cura, alma y vida del pueblo.

— Cuando su merced quiera, — contestan varias voces.

— *Pus* en marcha, — y la procesión sale triunfalmente, á los acordes de la gaita y el tambor.

Al aparecer la imagen del Santo, cargada de cintas y de monumentales roscas, disparan una escogida colección de cohetes.

Se me olvidaba indicar, que delante del Patrón bailan y palitroquean los danzantes, vestidos... no de moros y cristianos, según costumbre general en Aragón, sino de bailarinas estrambóticas: enaguillas, bajo las cuales aparecen, en vez de mallas que cubran las piernas, blanquíssimos calzoncillos; en el cuerpo, llevan jubones como las mujeres, y en la cabeza, el capeli (sombrero) de fieltro, anchote y con las alas vueltas hacia abajo, adornado con multicolores cintas, recuerdo del servicio militar.

Presiden, el Párroco, revestido con flamante capa pluvial del siglo xvi, y *los de Justicia*, que, como día de gran acontecimiento, lucen las largas y pesadas capas de paño pardo, tan características en las bodas, bautizos y entierros.

En las calles, tortuosas y empinadas, se ven colchas de damasco y de hilo, adornando los balcones y ventanas de las casas.

La fiesta del pueblo es siempre un acontecimiento, y así no es de extrañar que la del mío resultara solemníssima.

Terminada la primera parte de la festividad popular religiosa, da principio la de la Iglesia, así que las autoridades se han colocado en el presbiterio, los hombres en los bancos con los brazos cruzados y las piernas una sobre otra, y las mujeres en el suelo (esto es de rigor), sobre los talones, con tal destreza que afectan la forma de conos.

El órgano, tocado por el *mariscal* (albeitar) especie de ungüento blanco (1) y acompañado de la música del pueblo, la gaita y el tamboril, ameniza el acto, con la armonía que es de suponer, dada la calidad de los instrumentos; pero no vayas á creer, caro lector, que las gentes se tapan los tímpanos auditivos, antes bien los dilatan, para no perder *nota* de aquella orquesta, que les sabe á *cosa del cielo*.

La función ha superado á la procesión, porque el orador ha hecho brillante bosquejo de la vida y milagros del Santo, llegando á conmovier el auditorio.

El refresco en la Alcaldía, da término á la fiesta de la mañana.

A las doce en punto, hora en que los perezosos de Madrid se dan cuenta de que es de día, los lugareños se encuentran en sus moradas respectivas, rezando la oración; y llenado este deber de cristiano, se disponen á saborear el clásico cocido, condimentado, como día solemne, con gallina, chorizo, jamón, etc... y al que hacen la corte un buen capón, un conejo, un sabroso plato de *magras* ó alguna que otra *friolera* por el estilo, que ayuda á digerir el excelente tinto ó *morapio*, presentado en fileteadas *jarricas* de azul.

(1) Para todo vale y para nada aprovecha.



V

El danze es otro de los números del programa, y por la animación que en él suele reinar puede asegurarse que es de los más favoritos de los matracos.

¿Y cómo no, si en los *dichos* se hace la colada de cuanto han visto u oído durante el año á mozas y casadas, viniendo á ser algo así como el balance de todos los actos de los pacíficos moradores? En él se critica á la Fulana, por ser una *esmanotada* en su casa; á la Zutana, por si vendió el cerdo con trichina; á ésta, por empinar demasiado el co-do, á aquella por *laminera*, pues se *chupaba* el jugo de la carne y después se la daba al calzonazos de su marido; *et sic de ceteris*.

¿Y al Santo? Pobrecillo ¡qué cosazas le dice el que viste de *diablo*! gracias que el *án-gel* se encarga de vengarle, dándole una estocada que lo deja fuera de combate.

Por eso, *Pachín*, que sabía lo que tenía entre manos, prohibió entre otras cosas el que se tocara á su *Chata*.

¿Y lo consiguió? Porque mis paisanos son muy testarudos, si bien en honor á la verdad, hay quienes les *dan quince y raya*.

Después de las varias danzas y contradanzas de rúbrica principiaron los *dichos*; no he de entretenerme en su examen, basta lo apuntado. Sólo sí, diré que *Culebrica*, guapo mozo y mejor visto de las mozas, á pesar de las amonestaciones del *rabadán*, se atreve á *tocar* á la mujer del Alcalde, y aquí fué Troya. Vara en mano, baja del Ayuntamiento *Pachín*, sube al tablado, y cogiendo por el gznate al *sacrilego quebrantador* de su bando, no es floja la *somanta* que le da.

Pachín despachado á su gusto, cuádrase con remuchísima tranquilidad, y pregunta á *Culebrica*, que se lamenta de lo que *pesa la justicia*:

— ¿Qué tal, mocoso, *escuesque, escuesque*? Pus *mía*, ve á casa y que mi *Chatica* te ponga *arnica*, y que te dé una *jarrica* de *morapio* por el susto, y *dimpues* á *muir ranas* (1).

VI

Siguiendo la costumbre de la mayoría de los pueblos de Aragón, de correr al anochecer el *toro de ronda*, terminado el danze, se marchan mis paisanos á rellenar de *algodones* el estómago con algún cordero, y una vez reforzados dirígen-se á la plaza, precedidos de atronadora música.

No hay que tomar localidades para presenciar la *corrida*; la entrada es general, en el verdadero sentido de la palabra, es decir, gratis.

Pero librese el *pijaito* (señorito) forastero, de trepar por una de las escalas ó poseionarse de algún carro ó tablado, únicos constituyentes del *circo taurino*, porque al instante será lanzado á la arena. Es preciso adquirir alguna relación ó presentar tarjeta de parentesco, para sin contratiempo disfrutar del espectáculo.

Recuerdo que en una de mis visitas á Cariñena con ocasión de las fiestas, me subí á uno de los improvisados asientos; estaba ya en el último travesaño de una escala de coger nueces (que es lo mismo que subir á un 5.º piso, sin ascensor, pero con principal y entresuelo) (2), cuando, asiéndome por el cuello un robusto brazo, creí verme suspendido en el aire, si una mano vigorosa no le sujetaba, gritando al mismo tiempo mi improvisado salvador: « déjale, Toribio, déjale, que es el chico de la tía *Maringracia* ».

Suspendo la digresión, porque el tambor anuncia la salida del morucho: negro, corniabierto, de buenos pies y entrado en años; (dispensen los críticos, si no tengo tupé para hacer revistas).

En los pitones arden dos magníficas bolas de brea, que dan al espectáculo fantástico aspecto; los mozos, con kilométricas picas, hechas de troncos de árboles, en cuyo extremo hay un clavo puntiagudo, agujerean la piel del paciente bueyazo, que alguna que otra vez, socarra á los lidiadores. A la *Reina* (3), la quemó las faldas al ir á tirarle de la *coda*.

Todos los picadores de *á pie*, han *mojado* sus puyas en el animalito; todos, excepción de uno que, queriendo hacerlo con todas las reglas del arte, no se atreve por temor á los cuernos, y seguramente no se hubiera *estrenado*, si una voz de mujer no le saca del apuro: « ¡Repañó, mundo! ¡Lucio... pínchale, pínchale pol el rabo... que todo es toro! » Era su novia; y oírle el pobre muchacho y arremeter con la *fiera*, á diestro y siniestro, fué cosa de un momento.

VII

Del toro de ronda, al baile.

El que no ha visto bailar la jota, modesta y sencilla, no ha visto lo clásico de mi tierra.

Vaya una instantánea.

Lugar de la escena, el zaguán de blanqueadas paredes, de pavimento pétreo y techumbre de vigas, colocadas horizontalmente, de una de las cuales pende monumental candil ó velón de siete mecheros, que ilumina la estancia.

Los *ranas* (4), luciendo su típica indumentaria, preguntan á las matracas si les *cumple* bailar, y aceptado el convite, las llevan de la mano al centro del corro, donde ellas se desprenden, dando una vuelta bajo el brazo de su pareja.

(1) *A muir ranas*, significa ir á paseo. (2) No es hipérbole. (3) Se la daba este apodo por tener 22 hijos, y porque ya en el ocaso de su vida, se comió de una *sentada* tres docenas y media de pepinos. — Histórico. (4) Baturros.



Colocados frente á frente, ellas con los *brazos en jarras*, ellos con las manos abiertas, esperan á que los tañedores, rasguen las primeras notas de la popular danza.

Al principio, la jota es tranquila; pero bien pronto llega á su apogeo...

— Anda, *Conejo*, que te *pue* la *Manolita*, — dice uno.

— ¡Rediez, *Chupacharcos*, que bien la bailas! — añade otro.

— ¡Chiquiós! — gritan varios: — si *patce* un *locario* el chico de la *Pe-queña*!

Y con estas y otras frases de buen humor, saludan á las parejas, que sin *reblar* bailan la jota.

Cada vez que se oye una *canta* las parejas se unen, y al terminar se separan, dando la vuelta de rigor.

En las fiestas de mi pueblo, el héroe del baile es la *Chata*, porque después de una hora de movimiento, durante la cual ha rendido á siete *mozos de tripas*, arquea los brazos y, con remuchísimo gusto y arte, entona las siguientes coplas:

Que *quiés* *contimparar*
á un charco con una *fuente*,
sale el sol, y seca el charco,
y la *fuente* es premanente.

Dichosos son los toreros,
que se acuestan sin candil,
y á la mañana aparecen
rodeados de perejil.

Lleva la tabernera
pendientes de oro;
los caños de la fuente,
lo pagan todo.

VIII

Guiados por la luz de la luna, los pacíficos vecinos se retiran á sus moradas.

Los mozos, queriendo prolongar más la fiesta, toman las bandurrias, puntean la jota con las púas sobre el cordaje de las vihuelas, y salen de *ronda* por las calles del pueblo, á cantar á sus *mañas* coplas como éstas:

Cuando querrá Dios del cielo,
Y la virgen del Pilar,
Que tu *ropica* y la mía,
Vayan juntas á lavar.

Una pata tengo aquí,
Y otra tengo en tu *tejau*,
Mía si por tus amores
Vivo bien *espatarrau*.

Aunque *te ígan* morena
Chiquiá, no te sepa malo,
Que la Virgen del Pilar
Es morena y la adoramos.

Suele haber jota mayúscula, que termina como el *Rosario de la Aurora*, cuando uno de los de la ronda, despedido por la calabaza que le ha dado su novia, le dedica una copla como la que copio, en presencia del nuevo galán:

Asómate á la ventana
Cara de limón *puerido*,

Que el día que tu naciste,
Parió mi burra un pollino.

PEDRO GASCON DE GOTOR

ILUSTRACIÓN DE ANSELMO GASCÓN DE GOTOR.



CUADRO DE M. PICOLO.

23 DE ENERO DE 1860

EN 15 de Octubre de 1859 declaró España la guerra al imperio marroquí.
¿Cuál fué la causa?

Por el tratado celebrado en el año 1845 con el emperador de Marruecos, señalóse como límite de nuestra plaza de Ceuta, una línea que, corriendo por una pequeña elevación, principiaba en el Estrecho de Gibraltar y terminaba en el Mediterráneo; línea que comprendía unos dos kilómetros. El gobernador de Ceuta creyó de justicia, y á la vez de conveniencia, construir fuera de las murallas, en la nueva línea, un cuerpo de guardia, con su correspondiente fortificación.

Comenzaron las obras, que no pudieron terminarse, ni siquiera adelantar, porque lo que nosotros hacíamos de día, los moros lo destruían por la noche; llegando su atrevimiento á derribar la piedra que marcaba la línea fronteriza, en la que estaban grabadas las armas de España.

La conducta de los marroquíes indignó al ejército, y sublevó el espíritu nacional.

Nuestro cónsul en Tánger, don Juan Blanco del Valle, dirigió el 5 de Septiembre una enérgica nota al ministro del Sultán Sidi - Mahomet - el - Jetib, á nombre del Gobierno español, exigiendo:

«Que las armas españolas fueran repuestas en el mismo sitio donde habían sido destruidas, y saludadas por las tropas del Sultán; Que los principales agresores fueran conducidos á Ceuta, para que, en presencia de la guarnición y el vecindario, se les castigara severamente; Y que se reconociera el derecho perfecto de España á levantar, en el campo de dicha plaza, las fortificaciones que estimase necesarias para su seguridad.»

Sidi - Mahomet contestó con evasivas, queriendo echar la culpa al Gobernador militar de Ceuta, por haber salido con las tropas españolas á clavar la bandera nacional en el mismo sitio en que nuestras armas habían sido derribadas.

Como era natural, el ministerio español, presidido por don Leopoldo O'Donnell, no confiando en una solución satisfactoria, se preparó para una lucha que juzgó inevitable.

La guerra fué al cabo declarada, con la sanción de las Cortes y el entusiasmo del ejército y del país.

A las órdenes del jefe del Gobierno, que fué nombrado General en jefe, desembarcaron en Africa cuatro cuerpos de ejército, capitaneados por los generales don Rafael Echagüe, don Juan Zavala, don Antonio Ros de Olano y don Juan Prim.

En los diversos combates que se libraron, en los primeros días de la campaña, quedó demostrado la certera puntería de los moros, su traidor batallar, al amparo de los bosques, cañaverales y pantanos, su fanatismo y su valor; pero á la vez quedó demostrado también la bizarría, la serenidad, el heroísmo de los soldados españoles.

La guerra de Africa debía ser, y fué en efecto, el choque de dos razas poderosas.

Frescos aún los laureles alcanzados por el general Prim y sus soldados en la gloriosa batalla de los Castillejos, ocurrió la acción que representa nuestra efeméride.

Amaneció el 23 de Enero de 1860.

Las descargas de fusilería eran cada vez más nutridas.

A lo lejos, se escuchaban formidables alaridos de la gente mora.

Más cerca, entusiastas vivas á España.

Al pie de una colina y casi en el campamento marroquí, divisábanse los blancos roses, los oscuros ponchos y los rojos pantalones de un puñado de soldados españoles, rodeados de una multitud de jinetes árabes, entre los que se veían mezclados el pardo jaique, el blanco alquicel, los calzones amarillos y verdes, el gorro encarnado y el turbante monumental.

Eran moros de rey, soldados imperiales y jefes de diversas tribus.

Separados por unas pantanosas lagunas, dos escuadrones de Farnesio y uno de Albura, contemplaban con la mirada centellante el grave peligro de aquellos soldados, sus hermanos, ansiosos de correr en su auxilio.

De repente, un ayudante de O'Donnell, á todo el escape de su corcel, llega hasta donde se encontraba el jefe de la caballería española en Africa, general don Félix Galiano, y con acento enérgico le dice:

— De orden del general en jefe que cargue V. E. con los escuadrones de Farnesio y Albura, y salve á Cantabria.

— ¡Ya era tiempo!... ¡¡Muchachos; á salvar á Cantabria ó á morir con ellos!!

— ¡Viva España!

Y todos se lanzaron tras el general Galiano y el brigadier Romero Palomeque, los de Farnesio con las lanzas en ristre y las banderas flotando á merced del viento, y los de Albura con los sables levantados y las carabinas preparadas.

¿Qué había ocurrido?

Que el regimiento de Cantabria se hallaba protegiendo la construcción del reducto de la Estrella, cuando una guerrilla, llevada de su ardimiento, había atravesado un pantano próximo á la Aduana, en persecución de los moros que trataban de impedir el levantamiento del fuerte: la guerrilla arrastró al batallón y con él al general Ríos, cuya división, recién llegada al campamento, entraba en fuego aquel día por primera vez.

Numerosos grupos de moros habían acudido en auxilio de los suyos y envuelto por completo á los nuestros, obligando á Cantabria á que formase el cuadro, — en

cuyo centro se encerró el general Ríos, — protegido por el coronel Nanetti con la compañía de cazadores.

Lagunas inmensas separaban nuestro campo del lugar del combate, pero Cantabria se resistía bravamente, causando la admiración de todo el ejército.

El momento era decisivo.

Vacilar era perderse y morir.

Impresionado el general O'Donnell ante el peligro que corrían aquellos valientes alejados del grueso del ejército y acosados por los enemigos, cuyo número aumentaba prodigiosamente, ordenó primero el avance de la caballería, luego el de la artillería, y después, él mismo se lanzó en socorro de aquel puñado de héroes.

Los caballos, con el agua hasta la cincha, salvaron el obstáculo de las pantanosas lagunas, y sus bravos jinetes cargaron sobre los marroquíes, lanceándolos y acuchillándolos con imponderable arrojo.

La artillería salvó igualmente los pantanos llegando á la otra orilla, desde la cual empezó á cañonear á los moros.

O'Donnell, al frente de su escolta de guardias civiles y carabineros, seguido de los batallones cazadores de Baza, Segorbe y Ciudad-Rodrigo, el regimiento de la Reina, cuatro compañías del de Zamora, y los otros dos escuadrones de Farnesio, apoyó el movimiento de la artillería y la caballería.

Los jefes y oficiales, al atravesar las lagunas, no cesaban de gritar á los soldados:

—¡Hijos, no mojar la pólvora!

—¡No hay cuidado! — respondían todos, levantando en alto los fusiles... Y al llegar al opuesto lado se alineaban y formaban, como en un día de parada, y corrían al enemigo, recibiendo impávidos los tiros de la morisma, y libertaban á los soldados de Cantabria que ya los moros consideraban como presa suya.

El lancero de Farnesio, Juan Antonio Pérez, adelantándose á todos, metióse con audacia increíble entre los jinetes árabes, logrando apoderarse de un estandarte moro que, lleno de legítimo orgullo, presentó al brigadier Romero Palomeque y éste al general O'Donnell, quien premió su heroísmo concediéndole el empleo de sargento y la Cruz laureada de San Fernando, entre los aplausos de sus hermanos de armas y los vivas á España.

Bizarra fué la acometida de los marroquíes, superiores en número á los nuestros; pero heroica fué la resistencia de Cantabria, y la carga de los escuadrones de Farnesio y Albuera.

La acción, que había comenzado á las doce de un espléndido día, terminó á las cuatro de la tarde, dando los valerosos hijos de España un nuevo día de gloria á su querida patria.

E. RODRIGUEZ - SOLIS



FERIA DE GANADO EN ASTURIAS. — Cuadro de ENRIQUE MARTÍNEZ CUBELLS.

¿QUIÉN MATÓ A MECO?

CUENTO

I

Yo conocí á Meco.

Creo no podría precisar el año, y el día aun menos; pero sí me acuerdo que fué en una alegre romería que se celebraba en Mourente, pregonada por los estampidos de las bombas reales, cantada por los murmullos de los arroyos que mantienen en Galicia siempre verdes y siempre erguidos los altos maizales; favorecida por las mozas más garridas de la comarca, frescas como lechugas y coloradas como manzanas; y animada por los dulcísimos sonos de la gaita, que como nadie manejaba por aquellos tiempos o tío Marcos.

Era un verano, y cobijándose de los rayos ardorosos del sol bajo la frondosa copa de un castaño, pude ver y vi efectivamente á Meco, uno de los tipos más famosos de aquellos contornos y algunas leguas á la redonda, por su aspecto de idiota y sus rapacerías de hombre despavilado.

Viejo, sin llegar á la decrepitud; adinerado, sin llegar á rico; tosco sin llegar á gañán; Meco era una de tantas pequeñas providencias que en forma de usurero abundan por las tierras galicianas, sacando de apuros á los infelices á quienes el fisco aprieta, dando elementos para vivir á los vagos y adelantando medios para que el novio adquiriera las vaquiñas, base de su porvenir y su matrimonio, á cambio naturalmente, de tener noventa y nueve probabilidades contra ciento de quedarse en breve plazo con las tales vaquiñas, la aldehuela del vago ó la choza del contribuyente. Una de tantas almas caritativas que se desviven por amparar y proteger á cuantos necesiten de sus ochavos, mediante el *tanti cuanti* correspondiente, que no suele ser ni corto de talle ni pagadero á largas fechas. Era, en fin, un redomado prestamista que tenía metido en un puño á todo bicho viviente: es decir, uno más.

Meco gozaba por tanto de gran popularidad entre toda clase de gentes, y veíasele de continuo en donde pudiera sacar raja gratuita, comiendo,

bebiendo ó fumando. Era el más puntual de todos los invitados á una fiesta y aun de los no invitados, y por más que su presencia resultaba poco grata para la mayoría de las gentes de aquellos contornos ¡cualquiera se atrevía á decirle, aunque fuera disimuladamente:

—¡Tío Meco, aquí hay uno que sobra, y ese... es usted!

Los padres le debían las quintas de sus hijos; los novios, los regalos de sus amadas; los borrachones, el importe de sus francachelas. Es decir, tanto como deberle, casi podría asegurarse que no, aunque Meco lo afirmase á diario y á todo el que lo quisiese oír; pues creo honradamente que no debe nada á nadie, quien con creces lo ha pagado, aun cuando no haya podido, querido ó sabido recoger el usurario pagará, firmado en un momento de obcecación ó necesidad.

Quiero decir con todo lo que dicho dejo, que Meco el pobrecito, había tenido la desgracia de que habiendo pasado su vida, según él, haciendo favores, no le pudiese ver nadie, y que el que más y el que menos deseaba al indiano una suerte que yo para mí renuncio desde luego con toda generosidad.

Allí, bajo las sombras deliciosas de los nogales y los castaños, charlamos Meco y yo, un rato. Me contó, con minuciosidad de fraile en *scriptorium*, su vida por las Américas, fumamos una pipa y... hasta hoy.

II

No hace muchas semanas recibí de un grande y cariñoso amigo, juez que fué en no recuerdo que punto de Galicia, una carta algo extensa, en la que, á cambio de excusas por su silencio y de protestas de amistad siempre agradables, me daba algunas noticias de las mil y pico de peripecias que le han ocurrido en el cumplimiento de sus obligaciones judiciales; las cuales al lector le tendrán seguramente sin cuidado, y le tendrían aún más, si entre ellas no hubiera incluido las siguientes que, por tratarse de quien se trata, me permito reproducir:

... Pero nada tan extraño, anómalo é imposible de explicación, como el caso siguiente:

Figúrate que una noche estaba yo jugando tranquilamente al tute con el bondadoso cura que tú ya conoces, cuando recibí la noticia de que en plena carretera había aparecido el cadáver de un tal Meco, hombre poco simpático y al cual la gente de allá «le tenía ganas», como vulgarmente se dice. Unido esto á su fama de prestamista, de rico y de pocos amigos, me hizo sospechar que se me venía á las manos el poco apetitoso trabajo de descubrir un crimen. Excuso decirte que sin pérdida de momento hice las averiguaciones necesarias y empecé á instruir el atestado.

Al efecto, llamé á todos los vecinos de aquella circunscripción y... aquí empieza lo notable.

—¿Sabéis quien mató á Meco?—les pregunté una vez que les tuve reu-

nidos. Y á una, como obedeciendo á una mayoría conjura, me respondieron:

—Matámosle todos.

Excuso decirte mi asombro. Aquella declaración era, á todas luces, falsa. Pero ¿á qué venía? ¿Se habían confabulado todos los vecinos honrados para salvar con su declaración al único culpable, que lo mismo podía estar entre ellos, que lejos ya de allí? ¿Era que todos y cada uno de aquellos aldeanos se hubieran alegrado de ser el autor material del crimen? ¿Pretendían con tal añagaza despistar á la justicia? Esto era acaso lo más probable; pero no lo seguro. Nuevos careos, nuevas declaraciones y siempre lo mismo: todos mataron á Meco.

Tú ya sabes el santo horror con que en todas partes y entre las sencillas gentes gallegas con especialidad, se ve cuanto huele á justicia; ¿á que venía, pues, el meterse en la boca del lobo? ¿A ser posible, se hubiera debido, en vista de tan extraña declaración procesar á toda una comarca?

Te confieso, amigo mío, que semejante conducta no se la puede explicar ningún cristiano, ni tampoco quien no lo sea. Allí sí que pudo aplicarse aquello de «entre todos le mataron, pero el solo se murió».

Las principales personalidades de los pueblos vecinos y los últimos labriegos; desde el hombre honrado á carta cabal hasta el sospechoso de pendenciero; empezando por los mozos más forzudos y concluyendo por las rapaciñas más inocentes; media Galicia en suma, se declaraba autor de la muerte de Meco... y el pobre juez, sudando la gota gorda, sin poder sacar la punta del hilo de ovillo tan enmarañado. ¿Eran todos los declarantes víctimas de una obsesión, de un alucinamiento que les convertía en orates en libertad? ¿Qué extraña sugestión ejercía su diabólico influjo en todas aquellas gentes? Te digo que era cosa de perder la cabeza.

Me quedaba la autopsia del cadáver como supremo recurso. Un hombre á cuya muerte contribuye toda una comarca en peso había de haber sufrido un suplicio horroroso; los lynchamientos deben dejar huellas tan tremendas en la víctima, que no será posible confundirlas con otras, pensé, y á la autopsia me acogí para salvar mi crédito de juez, como el naufrago á un manojo de algas para la salvación de su vida. Sin fe ninguna.

Se realizó la operación y ¡aquí viene lo más gordol! El médico declara solemne, categóricamente que Meco había fallecido... de muerte natural.

¿Entiendes el fenómeno? Pues yo tampoco. En tales circunstancias, aquella muerte natural era la menos natural de las muertes.

Excuso decirte que en el mismo día escribí al Ministro pidiendo mi traslado á un punto donde pudiera no volverme á acordar de Meco... ni de sus asesinos.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

LOS DOS GALOPINES

MI madre lavaba la ropa á un señor rico, según la opinión de la gente, contraria á la de ella, en razón á que nunca podía cobrarle.

Don Celedonio, que así se llamaba ó se dejaba llamar aquel señor, era un hombre incógnito. No trataba á nadie. Unos decían que era un sabio retirado al ostracismo; otros, que comerciante averiado por quiebras; varios, manifestaban que era un bizarro oficial — todos los oficiales resultan bizarros y pundonorosos — de reemplazo, y hasta había quienes aseguraban que era un mago ó un espíritu satánico, disfrazado de persona mayor. En resúmen, nadie sabía de fijo quién era don Celedonio.

Yo le conocí un día que fui á llevarle unas camisas. Se estaba rizando los bigotes, que eran larguísimos, con unas tenacillas de señora. La puerta estaba abierta y entré. Al verme, me saludó diciendo:

—¡Eres un rinocerontel

—Está usted equivocado — respondí. — Yo no soy eso; me debe usted confundir con otro... Soy el chico de la lavandera. Y dice mi madre que... si no me paga usted, no le deje estas camisas.

Don Celedonio tiró las tenacillas al azar y cayeron sobre mí. Ya estaban frías. Después se irguió en toda su estatura — era muy alto — me miró de un modo feroz, cogió un sable, un chafarote descomunal que pendía de la pared, y colocándolo de plano, comenzó á sacudirse con él la levita, mientras yo me escondía tras de una mesa coja.

Después me dijo:

—¿Cuántos años tienes?

—Haré quince por San Antón.

—Hazlos cuando quieras. ¿Sabes hacer algo más que años?

—Sé tender ropa y escorrerla.

—Bueno; serás mi criado. Díselo á tu madre y vuelve. Dile también que tiene un hijo que es un adoquín; pero yo le desbastaré.

Y me señaló la puerta y no me pagó las camisas.

Vi á mi madre, y la pobre mujer me juró llorando que no tenía más hijos que yo. Al adoquín de referencia no lo conocía... ni de vista.

Al otro día, entré de sirviente en casa de don Celedonio.

Poco tenía allí que hacer. Después de limpiar cuatro cachivaches y

muebles más viejos que mi dueño, me acostaba. Sólo tenía que pensar en el hambre que pasaba, pues en aquella casa no se encendía el fuego más que para calentar las tenacillas para el rizado del bigote. Algunos días comíamos muy poco, otros aun menos, y, por fin, llegó día en que no comimos nada... que es lo menos que se puede comer.

Pero, por la noche, salimos de caza. Cogimos en la escalera el gato del portero, y nos lo sirvió con salsa verde el tabernero de la esquina.

A la noche siguiente, no encontramos gatos. Cazamos la cordilla del difunto del día anterior, puesta



en su sitio, por si volvía, y el festín no fué muy de nuestro agrado.

Y así se pasaba la vida, sin comer apenas yo y sin cobrar mi madre la ropa lavada.

En cierta ocasión, se presentó don Celedonio en casa, muy contento. Traía consigo, muy tapados con papeles sujetos por bramate,



dos objetos, uno en cada mano. Al verlos, se me abrió la boca, y mi imaginación recorrió toda la escala gastronómica. Aquello debía ser jamones, ó quesos de bola, ó butifarra, ó coles alemanas para hacer *choucroute*.

Pero no, era cosa mayor, mejor todavía de lo que yo había pensado. Descubiertos los objetos, resultaron ser dos bustos.

—¿Los ves?— exclamó mi señor, limpiándose el sudor del rostro — no se comen, pero nos darán de comer.

— Falta nos hace.

Desde entonces recibíamos frecuentes visitas, y todos los visitantes dejaban algún dinero, pues á todos se les prometía que los bustos serían suyos en plazo breve, si entregaban á mi dueño cierta pequeña cantidad, de la que extendía recibos.

Los bustos representaban á Herodes y Pilatos, según un organista que los vió; á Hipócrates y Galeno, en opinión de un boticario; á Pablo y Virginia, según un joven que se daba á la Literatura; á Nerón y Calígula, en virtud del docto parecer de un caballero que se dedicaba al Derecho.

Pero, para mí, la opinión de más crédito fué la de un platero, que dijo después de pesarlos:

— Estos dos bustos son de plata de ley; su mérito artístico es grande, y entre los dos pesan veinticinco kilos.

¡Una fortuna!

Y don Celedonio seguía sin darme de comer! El iba á diario á la fonda.

Un día no vino á casa; ni al otro, ni al otro.

Al cuarto de su ausencia, me despedí de los muebles.

Al quinto volví. Mi amo tenía una llave y yo otra del piso. La portera me dijo que don Celedonio había estado en casa, en compañía de un mozo de cuerda que llevaba unos bustos de plata muy bonitos.

No obstante buscar por todas partes, yo no vi más que los que ya conocía, aquellos á quienes cada cual bautizaba como quería.

¡Y mi madre, á todo esto, sin cobrar lo que lavaba á don Celedonio! Aquel hombre era un tuno. Me lo dió á entender una tarjeta que encontré en su cuarto, en la que leí:

Amigo Celedonio: Necesito que me devuelva usted inmediatamente los bustos de Cicerón y Séneca que le presté hace más de un mes para que se los enseñase á unos amigos de usted, escultores. Me huelo que es usted un pillo, y de no enviarme los bustos, mañana mismo se entenderá con usted el Juzgado. Suyo:

MELITÓN

¡Vaya si era un tuno don Celedonio! ¡Un bribón redomado!

Y yo pensé y me dije:

«Mira, Bonifacio; el que roba á un ladrón, ha cien años de perdón. Bueno, pues si yo me largo con los bustos, robo á un granuja, me perdonan, los vendo, mi madre se cobra la ropa lavada, yo percibo mi soldada, á don Melitón le entrego lo que quede, y todos contentos.

» Los bustos pesan veinticinco kilos. ¿Cuánto valen? Pues verás, Bonifacio. Un duro en pieza pesa veinticinco gramos; luego diez duros pesan 250 gramos. Siendo así, cien duros han de pesar 2,500, y mil duros 25,000 gramos, que quitados los ceros quedan en 24 kilos, justos y cabales. Veinticinco kilos pesan estas estatuillas y 25 kilos de plata valen ¡mil duros! ¡Ea, vengan, y á Roma por todo!»

Cargué con los señores de plata y corrí por los campos con ellos.

Ya muy entrada la noche, hallé una posada.

Pedí cuarto para dormir, y pasé mil fatigas para que no descubrieran los objetos hurtados.

— Sólo tengo una cama disponible — me dijo el posadero — en un cuarto donde hay dos. Entre usted despacio, para no despertar á su vecino.

Toda la noche la pasé soñando. Los bustos me parecía que hablaban. El uno tenía la cabeza de mi dueño y el otro la mía.

Desperté al amanecer. Me levanté de puntillas y miré la cama de mi compañero de cuarto.

Al principio, sólo vi la punta de un gorro; después la punta de una nariz muy afilada, y luego unos bigotazos descomunales y unos ojillos que me miraban muy fijos.

¡Cielos! Allí estaba despierto... ¡el propio don Celedonio!

Quedé como petrificado.

— ¿Qué es eso, pillastre? — me preguntó incorporándose y señalando los bustos — ¡Ah, guripa! lo reconozco. ¡Me has robado!

Me hínqué de rodillas... y él soltó una carcajada.

— Te perdono, — continuó.

— Eso que llevas vale doce pesetas. ¡Tonto! Si son reproducciones en barro, plateadas luego...

Los bustos de plata... ¡échales un galgo! ya los he vendido.

Quise desmayarme, pero no pude, y preferí abandonar aquel sitio.

— Suba usted — dije al posadero — mi vecino le pagará el gasto que he hecho. Vine aquí á traerle unos bustos.

— ¡Ah! ¿Eran para él? — murmuró una vieja que estaba agazapada tras el mostrador.

Era la portera que me había seguido la noche anterior.

— Luego se halla arriba don Celedonio? — me preguntó un señor muy regordete.

— Arriba, sí... en compañía de unos bustos.

— Vamos, don Melitón, está usted de enhorabuena.



Poco después don Celedonio salía de la posada, atado codo con codo y custodiado por la guardia civil.

Yo respiré... y no cobré mi soldada.

Ni mi madre la ropa limpia de don Celedonio.

FLORIDOR

MADRID ELEGANTE

CUÁNTOS cambios han sobrevenido á la sociedad madrileña en esta década tristísima!

Materia copiosa para un erudito, rebuscador de añejas crónicas, al estilo de don Juan Pérez de Guzmán, el autor de *Los Salones de la Condesa del Montijo*, ir apuntando cómo en tan corto espacio de tiempo han desaparecido del mundo aristocrático tantos nombres plebeyos ó linajudos; pero todos envueltos en esa esplendente aureola que finge la sociedad en torno de los que tienen y gastan grandes riquezas.

Fuera materia de interesante estudio escudriñar las causas que han producido tanto derrumbamiento, y relacionarlas con el estado actual de nuestra desdichada Nación; seguir el proceso de aquellas grandes casas ó de las que como satélites pugnaban en vano por emular sus esplendores; describir los últimos aleteos de aquellas águilas que, antes de caer para siempre en el olvido, luchaban denodadamente contra la inevitable ruina.

Hay anécdotas muy curiosas que guarda el que esto escribe, como preciados materiales de un edificio más amplio que el del limitado artículo periodístico.

Imposible olvidar aquel banquete suntuoso en que una distinguida Condesa, asediada por los acreedores, tenía que despojarse de uno de sus magníficos brazaletes de diamantes, para pagar la cuenta del fondista que amenazaba con armar un escándalo si no se le abonaba en el acto.

Y aquel gran baile celebrado en uno de los palacios más suntuosos de la Corte (hoy convertido en casa de vecindad) en que la opulenta Señora de aquellas riquezas lucía en la garganta un collar magnífico, comprado á otra aristócrata arruinada, para darse el gusto de que el nombre de esta figurase en la lista de los concurrentes.

Era aquella una época animada y brillante; con frecuencia se celebraban *soirées* magníficas, cuadros vivos, bailes de trajes. Vivía aún aquel magnate espléndido que ostentó los títulos ilustres de la Casa de Fernán-Núñez; no se había retirado la hermosa duquesa de la Torre á donde van las majestades caídas, pero llevando inalterable su corona de belleza, como dijo un cronista, tan galante como verídico; y en la lista de los concurrentes á las fiestas, todavía figuraban notables hermosuras que hoy, con raras excepciones, viven encerradas en el fondo de sus palacios, consagradas al culto de sus recuerdos.

Es muy frecuente en los viejos, recordar con fruición sus *buenos tiempos*, y al hacer la comparación con los presentes, sacar la triste consecuencia de que no hay ya belleza en las mujeres, ni en los hombres ingenio, ni *sprit* en la conversación, ni animación en las fiestas, ni vida, en fin, en la sociedad madrileña; y cuando por acaso se les cita una hermosura espléndida, os contestan: ¡ah! si hubierais conocido á Eugenia Montijo, más tarde Emperatriz de Francia ó á Sofía Valera, después duquesa de Malakoff! ¡Si hubierais visto á María Bushental, en cuyo honor tejía coronas el ingenio!

Y dando rienda suelta á los recuerdos, os hablan de las tertulias literarias del marqués de Molins, de donde salió un periódico originalísimo que llevaba por título *El Belén*, y del que fueron redactores los más ilustres literatos de aquel tiempo; os ponderan el salón de la condesa de Velle, madre del actual poseedor de dicho título, gran amiga y protectora de los artistas; ó bien el de la duquesa de Rivas, á cuyo alrededor se congregaban todos los Saavedras, en cuya familia parece haber impreso huella el genio del inmortal autor del *don Alvaro*.

—Pero vamos á cuentas, contestamos nosotros á esos melancólicos adoradores del recuerdo, ¿es que en estos diez años no se han celebrado fiestas magníficas, no han brillado hermosuras espléndidas y no han lucido su ingenio literatos eminentes? Y atropelladamente vienen á la memoria las cenas de Noche Buena, servidas en pequeñas mesas en el hotel de la duquesa de la Torre; ¿no era aquello un concurso de hermosuras? En aquel saloncito, presidido por un hermoso retrato de Wiltelvalter, ¿no lucían en todo su esplendor: Carmen Fontanar, hoy condesa de San Luis; Concha Serrano, condesa de Santovenia; Leticia Bueno, hoy condesa de Agrela; Matilde Scholtz, hoy marquesa de Ivanrey; su hermana la señora de Iturbe; Rosario Luque, señora de Moreno; Mercedes Moltó, hoy señora de Pérez Caballero; Clarita Lengó y tantas más?

En el palacio de Santoña, después de muerto el duque, todavía se han celebrado cenas magníficas presididas, por las señoritas de Heredia, nietas de la duquesa.

El marqués de Casa Jiménez ha celebrado también en su palacio las fiestas de Noel, con grandes cenas, precedidas de la misa del Gallo; y lo mismo el marqués de Cubas y el marqués del Busto y muchos otros.

Mas las que merecen capítulo aparte entre las cenas de Noche Buena verificadas recientemente son: las de la marquesa de Squilache, duques de Denia y marqueses de Viana y de Vistabella.

La Capilla bizantina del gran palacio de Denia, se iluminó espléndidamente hace dos años para que en aquel artístico recinto, obra maestra de Mérida, otros artistas eximios interpretaran hermosas páginas musicales, para festejar el misterio del Nacimiento del hijo de Dios.

En el hotel de los marqueses de Vistabella, hace cuatro años, cuando todavía la muerte no había herido con despiadada crueldad á la hermosa americana que vió desaparecer en poco tiempo á dos de sus hijos, también se celebraron cenas de Noche Buena; en la última de las cuales figuraron entre la concurrencia el ilustre hombre público don Antonio Cánovas, con su bella señora, el marqués del Pazo de la Merced y el conde Montarco, que tardaron poco en seguir á la tumba á su insigne jefe; y literatos como Castro y Serrano, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, Ferrari y Grilo, los que frecuentaban aquella morada, donde siempre tuvieron puesto preferente la literatura y el arte. Pero al lado de la marquesa de Vistabella y de sus hijas, las dos señoritas de Barrios, no era preciso festejar la *Noche Buena*, para que las veladas resultasen siempre encantadoras.

El año anterior, en vez de la capilla bizantina de los duques de Denia, el oratorio gótico de los marqueses de Viana; en vez de los modernos esplendores del palacio de la plaza de Colón, las antiguas riquezas de la que fué señorial morada de los duques de Rivas; cambió la decoración y en parte también la concurrencia, entre la que apareció por vez primera una *estrella* de los salones aristocráticos, la señorita de San Bernardo,

hija de los duques de Monteleón, heredera dignísima de una estirpe de hermosuras.

La marquesa de Squilache es la única dama que no ha interrumpido la costumbre de obsequiar á sus amigos con espléndida cena la víspera de Navidad. Desde que, al contraer matrimonio con don Martín Larios, se instaló en las magníficas habitaciones del palacio de Villa hermosa, fronteras al derruido de los Medinacelis, solamente durante el luto de su viudez dejó de festejar la Noche Buena.

Este año, pues, como los anteriores, se han dicho en aquel elegante oratorio las tres misas de rúbrica, y ante la imagen del Niño Dios, colocada sobre un montón de encajes y brillantes, se han prosternado el Capitan General de Madrid, los Generales Martínez Campos, Echagüe y Borbón, las marquesas de la Laguna, Coquilla, Tenorio, señora de Marín, señorita de Caicedo, condesas de Candilla y de Requena, y otras muchas aristocráticas damas y elevados personajes.

La entrada del nuevo año tampoco se ha festejado como en aquellos tiempos, no muy lejanos todavía, en que los marqueses de Hoyos, congregaban á la sociedad aristocrática en su palacio de la calle del Amor de Dios, y al sonar la primera campanada de las doce, una gentil Señorita rompía con sus delicadas manos un precioso globo de raso blanco, de cuyo fondo rosa comenzaban á salir multitud de regalos, con que la juventud se obsequiaba mutuamente, lanzándose animada y bulliciosa á las vueltas alegres de un brillante cotillón; ó bien aquellos otros en que la misma sociedad acudía á la invitación del Embajador de Inglaterra, cuyos salones estaban adornados con ramas del árbol clásico, bajo las que, siguiendo antigua costumbre británica, puede depositarse un beso en el rostro de la dama que uno tenga á su lado, al sonar las doce campanadas que separan el viejo del nuevo año; costumbre no aclimatada, por desgracia, entre nosotros, que tantas cosas peores copiamos del extranjero.

Este año, solamente en la Embajada de Alemania se celebró, bailando, la entrada del 1899; pero fué tan íntima la fiesta que acaso no llegaron á dos docenas las parejas que se deslizaron por el brillante *parquet* del lindo *hall* de la Embajada.

MONTECRISTO



MTRO. ANTONIO LLANOS (Madrid).

Autor de la pieza musical que acompaña á este número.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

LLUERNAS. — Lindo tomo de poesías escritas en dialecto catalán, por M. Marinell-lo. — Con pocos poetas que sintiesen y pensasen como el señor Marinell-lo (A. Llimoner), y que como él acertaran á expresar, con tanta valentía como inspiración, pensamientos unas veces profundamente filosóficos y otras humanos y tiernos, la poesía no estaría llamada á desaparecer, como algunos se empeñan en sustentar, sino á fines altamente moralizadores y transcendentales. Nuestra sincera felicitación al autor. — Precio del ejemplar: una peseta.

OBRAS ESCOGIDAS DE DON ANTONIO DE TRUEBA. — Esta hermosa y completa colección de obras del autor de *Cuentos de color de rosa* que en tomos en 8.º de más de 700 páginas, acaba de publicar la casa Hijos de Miguel Guijarro, de Madrid, merece en verdad el aplauso sincero de todos los amantes de la literatura. Agotadas las obras de Trueba y reproducidas subrepticamente á otros idiomas, sólo vertidas á ellos podían leerse hoy en la patria de su eminente autor. La casa Guijarro, poseedora de algunos libros inéditos de Trueba, los publica hoy con los agotados, elegantemente impresos y al precio de 4 pesetas, casi inverosímil, dadas las proporciones de los ejemplares. Nada decimos de la hermosura del texto, porque el sólo nombre de su autor, á quien hoy erigen una estatua sus co terráneos, es garantía sobrada para el público.

SUMARIO DEL NÚMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de Manuel Cusí.

¡Viva el agradecimiento! Caricaturas de Fradera.

PÁGINAS EN COLOR. — *La vida*; artículo de A. Riera, ilustrado por José Passos. *Decorativa*; por Fernando Xumetra.

El carnaval en los salones; por Arturo Serriñá.

Alegoría del carnaval; composición y dibujo de B. Gili Roig.

PÁGINAS EN NEGRO: *Emilio Aceval*. — *Presidente de la República del Paraguay*.

— Retrato y artículo biográfico, de Vidal Aparicio.

La mejor corona. Poesía de Salvador Carrera.

Huyendo del perejil. Artículo de Teodoro Baró.

Cabeza de estudio; por José M.ª Xiró y T.

Tentación. Artículo de Jacinto Octavio Picón.

Primavera.

Otoño.

— Facsímiles de abanicos pintados por Salvador Viniegra.

El último amigo. Artículo de Miguel Alderete González.

El final de Carmen. Cuadro de César Alvarez Dumont.

Andaluces ilustres. Retratos y artículo biográfico de M. Escalante Gómez.

Bebé. Novela de Luis de Val, ilustrada por José Cuchy.

MOSAICO.

REGALO. — *Gavota* para piano; original de Federico Alfonso.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labiella.

Mosaicos Hidráulicos

— DE —

Orsola, Solá y Compañía

Superiores en **BELLEZA, SOLIDEZ y ECONOMÍA** á cuantos se fabrican en España.

Unica casa que ha obtenido las más altas recompensas en las Exposiciones Universales de **BARCELONA, 1888, PARIS 1889, y CHICAGO 1893.**

— DESPACHO: —

2, Plaza de la Universidad, 2

— **BARCELONA** —

“NAUSEOFEN”
MARCA REGISTRADA
DEL DR. **BRYR**



Elixir de éxito
seguro para curar
y evitar el
MAREO
Pelayo 6 bis. **BARCELONA**

¡OH, LA CONSIGNA!, por FRADERA.



1848. — Le he llamado la atención, señor lechuguino, porque he visto que iba usted á sentarse y... está prohibido.



1868. — ¡Eh, paisano! ¡fuera de ahí!



1898. — *Tengasté la bondad d'alevantarse. No se pué sentar uno aquí. — ¿Todavía no? — No señó. — ¡Vamos, lo mismo dijo un centinela el año 28, á mi abuelo y á mí!*

HIGIENE RAZONADA DE LA BOCA

ó sea

CONSEJOS UTILES PARA SU CONSERVACION

— POR —

JOSE BONIQUET

— Médico-Dentista. —

Obra de suma utilidad para todas las clases sociales, lujosamente editada é ilustrada con gran número de grabados. — **PRECIO: 2'50 PESETAS.**

Se vende en las principales librerías y en el domicilio del autor.

PELAYO, 54, PRAL. & BARCELONA

JUAN B.^{TA} PUJOL & C.^A EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 — **BARCELONA**

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS É INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA
REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en Paris, Bruselas, Berlin, Leipzig,
Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS — EXPEDICIONES DIARIAS



LICOR BREA MÚNERA

22 AÑOS DE ÉXITO

Gran premio Exposición de París

Miembro del Jurado en Londres

Diploma de honor en Bruselas

El **LICOR BREA MÚNERA** es el que mejor combate los catarros crónicos, toses rebeldes, espectoraciones abundantes, asma, bronquitis y demás afecciones del tubo respiratorio. Preserva del tífus, es útil en los catarros de la vejiga, purifica la sangre de sus malos humores y tiene una acción tónica sobre el organismo, de tal suerte, que con su uso se abre el apetito.

Enfermos cansados de tomar otras medicinas, han recurrido al **LICOR BREA MÚNERA** y con su benéfico influjo han recuperado el don más precioso de la vida, que es la salud.

No debe confundirse el **LICOR BREA MÚNERA** con otros que llevan nombres parecidos.

Farmacia del Autor: *PASEO DE GRACIA, N.º 24*

JUAN FRANQUESA

ALMACÉN DE MUEBLES

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

SAN PABLO, 28 *Esquina Arco de San Agustín* BARCELONA

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Historia del general DON JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **UN REAL**, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromo.



PIANOS

FORTUNY & BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NOROCCIDENTAL
SE REMITEN CATÁLOGOS

Imprenta á c. de F. GIRÓ

Casa especial para Ilustraciones.

PREMIADA CON MEDALLA DE ORO

en la Exposición Universal de Barcelona de 1888

¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del **DR KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago ó intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Éxito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

SUCESORES DE V. DE HAAS

Rambla de Estudios, 11, BARCELONA

Pianos armonios y órganos de las mejores marcas del País y Extranjero.

Representantes con exclusivas para España y Ultramar, de los magníficos pianos

VONDERSOCH

á precios sin competencia.

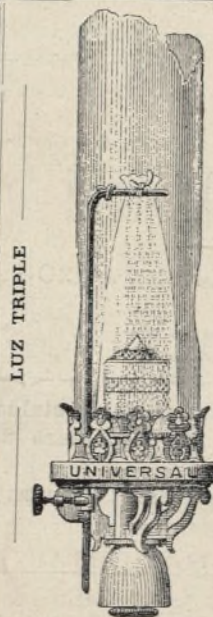
Agentes de las mayores fábricas de instrumentos para banda y orquesta.

Música y accesorios de todas clases.

Especialidad en guitarras de conciertos.

Precios los más económicos.

CASA FUNDADA EN 1862



MECHERO UNIVERSAL

M. GRISAU

Sociedad en Cta.

DESPACHO: 11, BALMES

BARCELONA

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

CRISTOBAL COLON



OPERA EN TRES ACTOS

Basada en la vida del año 1492



LETRA de CARLOS CUENCA

MUSICA de ANTONIO LANOS

Cristobal Colon

OPERA EN TRES ACTOS.

Balada India del acto 3º

Letra de D. Carlos Cuenca.

Música de D. Antonio Llanos.

PIANO. Andante.

f brusco.

pp eco.

cres. e poco rall. sf pp

AMEREC. *a tempo. animato.*

p dal.

Cuan-do del as-tro del di-a — mue-re el pos-tre-ro ful-gor —
 Tu-vo O-na-nei la lo-eu-ra — de e-na-mo-rar-se del sol —

f

euan-do la no-che som-bri-a — sus ne-gras a-las a-brió —
 yel gran ze-mi de la al-tu-ra — la con-virti-ó en u-na flor —

mf

pp